

## GREENWAR †

Linda Berrón

1

*...Y así fue como, despedida en el vacío, la pequeña masa de gases hirvientes, se fue quedando sola consigo misma. Giraba en círculos incesantes alrededor de un centro ansiosamente buscado. Allí fue encerrando el más pesado núcleo de su fuerza. El trabajo de la Tierra produjo, como el noble sudor del esfuerzo, los vapores que condensaron la lluvia de millones de años. Llanto que fue limando aristas, cráteres y heridas, dejando sobre ellos la delicadeza azul del agua.*

*El vaivén acompasado de las mareas suavizó el frenesí de sus giros y los días se hicieron largos.*

*Gases transparentes envolvieron a la Tierra para permitir el desarrollo tembloroso de la célula primigenia.*

*Algas azules cubrieron de oxígeno el planeta. Este hábito vital, después de combinarse generosamente con los elementos de la superficie, escapó hacia las alturas para constituirse allí en sustento y escudo protector de la Tierra.*

*Aquel proceso atravesó innumerables probabilidades para escoger con firmeza la ruta de la vida. Y así, pujante a través de hielo, lava, cataclismos y lluvias de meteoros celestes, salió siempre victoriosa hasta llegar a este frágil ser que terminaría siendo, violento y erguido, el amo de la Tierra.*

*En la lenta fragua de su identidad, el ser humano aceptó su pertenencia a un universo misterioso donde todos los elementos, el incluido, se enlazaban en armonías y catástrofes.*

† "Greenwar" apareció en: Revista Nacional de Cultura, nº9, Noviembre 1990. Una traducción en inglés por el profesor Scott Foll, la Universidad de Texas, 1991.

*Su acuciosa mirada fue penetrando el misterio para adorarlo, para temerlo. Hasta que un obstinado pueblo se sintió con la fuerza suficiente para dominarlo. Y desde entonces la tiránica consigna se extendió por toda la Tierra, imponiendo con soberbia sus designios a las demás especies del planeta que terminaron siendo presa de la carrera depredadora y suicida.*

*Todavía no es demasiado tarde para rectificar el camino, para abandonar la ruta de la extinción y volver a la ruta de la vida".*

**A**plausos rítmicos estallaron en el salón de sesiones donde se exhibían en fila hierática, decenas de banderas.

-Esta demagogia naturalista y pseudocientífica me exaspera, le dijo Mr. Cool a su compañero en la enorme mesa ovalada donde los asistentes habían escuchado por los auriculares la traducción de los discursos inaugurales.

-No se pueden mezclar los científicos con los políticos y menos con los poetas. Es la confusión de lenguas, sentenció el pelirrojo inglés con voz pausada.

Mr. Cool sonrió porque, como economista, estaba acostumbrado a contemporizar pragmáticamente con lo que él consideraba la voluntaria ceguera de los políticos, el alarmismo protagonista de los científicos y la intransigencia de los poetas.

Tras los discursos, los asistentes empezaron a llenar el inmenso salón alfombrado donde les esperaba el buffet.

Sobre las fuentes de plata se desplegaban las carnes frías en delgadas lonchas, rodeadas de pequeños vegetales torturados: cisnes de tomate, flores de rábano, estrellas de cebolla. Las langostas se inclinaban desnudas sobre las copas de plata entre volantes de lechuga. La carne rosada del esforzado salmón, el negro caviar coronado de hielo y perejil, las ensaladas multicolores con salsa de anchoas trituradas y el delicado paté de hígado de ranas y patos.

Los camareros como rígidos pingüinos se desplazaban por el salón ofreciendo copas de vino.

Mientras comían y bebían, los asistentes conversaban sobre el futuro del planeta, barajando estadísticas del hambre, el nuevo hueco en la capa del ozono sobre el Pacífico Norte, la superioridad de la técnica japonesa para reciclar basura, la genética en la agricultura, las tecnologías blandas y el irreversible camino del progreso humano que saldría victorioso de las amenazas de todos los tiempos.

-Porque aún llegando el temido Invernadero, que sería imposible a los niveles que se señalan porque el plancton absorbería el exceso, aún si llegara ese calentamiento del que hablan, veríamos a Siberia, Canadá, Finlandia y las tierras septentrionales convertidas en vergeles...

...inundadas por millones de refugiados que huyen del desierto que va pisándoles los talones, o de las aguas costeras hasta el cuello con quince pies más de nivel.

-¿Quién puede predecir el futuro? Nadie es capaz de saber a dónde nos puede llevar la creatividad o la estupidez humanas, sentenció el inglés pelirrojo.

Mr. Cool ya no prestaba atención. Problemas más inmediatos ocupaban su mente. ¡Una semana había pasado ya desde la segunda llamada y todavía no los habían localizado!

Aún sin ser información secreta no osaría hablar ante los presentes; no faltarian los alarmistas y el inglés seguramente le diría: Cool, la inminencia del año dos mil tiene efectos insospechados en la estupidez humana.

## 2

-¡Si no acceden a nuestras demandas, cumpliremos la amenaza! Las bombas incendiarias están distribuidas por toda la zona.

La voz sonaba firme en el teléfono sin que el dulce acento tropical disminuyera su dureza.

-¡Están locos! Ustedes mismos serían los primeros perjudicados. ¿No se dan cuenta? Es suicida...

Antes de terminar la frase Mr. Cool escuchó que tiraban el teléfono con violencia. Giró en el sillón y contempló a sus pies los rascacielos recortando el mediodía. Una neblina espesa envolvía los pisos más altos.

Abrió la puerta del bar y se sirvió un escocés con hielo. Hacía calor. Llamó por el intercomunicador a la secretaria y le pidió que ajustara el aire acondicionado.

- Sí, señor.

Estaba haciendo un calor infernal, demasiado para la época. Cada año era peor en el último piso de aquel rascacielos, orgullo de los neoyorkinos, récord mundial, 172 pisos, a sus pies Chicago, Toronto y todos los demás, al menos, pensó, el orgullo de una mayoría razonable que seguía apuntándose al progreso. Porque estaban los otros, recordó la voz de tra en el teléfono, la misma de aquellos que protestaron porque la silueta del esbelto trofeo arquitectónico ensombrecía un sector del Central Park.

Regresó al escritorio y marcó directamente el número privado de su colega en el City Bank de Brasilia.

Mr. Cool era el representante de los bancos internacionales que durante los últimos seis años se había encargado de la renegociación de la deuda externa con los países del Tercer Mundo. El mayor dolor de cabeza, por la magnitud del monto y el liderazgo que venía adquiriendo en el grupo, era Brasil. El tipo del teléfono dijo representar a un grupo llamado Brasil Verde y Libre. Nadie había oído hablar de ellos anteriormente. Peligrosos si querían alcanzar notoriedad internacional con un golpe espectacular, más que espectacular...

-¡Aló, Georges! Volvieron a llamar. Dicen que cumplirán su amenaza.

Su voz tenía un dejo de fastidio más que de inquietud. Seis años, solía contar entre amigos, seis años de oír la misma monserga para no pagar. Y los europeos escurrían el bulto para no dar la cara; siempre les tocaba a ellos escuchar la misma letanía: el desarrollo de sus países estancado por nuestra culpa, por nosotros son ahora más pobres que hace veinticinco años.

estamos condenando a sus pueblos a la pobreza, la violencia y la muerte. Un genocidio económico. ¿Cuándo les ha preocupado a los gobernantes del Tercer Mundo el bienestar de sus pueblos?, se preguntaba. Si se ahorraran la fuga de capitales, el consumo suntuario, las veleidades armamentistas y la corrupción de sus funcionarios podrían pagar la deuda al contado. No es cuestión de clemencia, *business is business*, las deudas se pagan. Y si no aceptan las reglas del juego, que se atengan a las consecuencias. Eso sí, no más créditos, no más préstamos de contingencia. ¡Cómo pueden exigir estos locos una condonación total de la deuda, qué precedente sería ése! Que los intereses suban, ¿qué le vamos a hacer nosotros? Que subamos los precios del café; la oferta y la demanda tienen la palabra. La economía posee sus leyes, no se pueden cambiar sólo para complacerles a ellos. Ya no les basta que les canjeen parte de la deuda a cambio de proyectos de conservación y control de la natalidad, quieren que desaparezca, que les paguemos un salario por los bosques...

-Es una fanfarronada, repuso Georges sin mayor sobresalto. De todos modos habría que investigar con urgencia ese grupo. No creo que tengan nada que ver con el gobierno. Ni tampoco que tengan la tecnología suficiente para cumplir semejante amenaza... aunque hoy día esos grupos cuentan con un armamento de primera. Recuerda si no el atentado en los hangares del aeropuerto de Caracas. Voy a tratar de averiguar por mi cuenta, con discreción, pero de todos modos te sugiero que insistas con los de Inteligencia.

-OK, Georges. El lunes nos vemos en la sesión de la Junta. Tendré que planteárselo a los demás. No quiero asumir solo este asunto.

Había aprendido en los entresijos de la burocracia política y financiera que la manera más sencilla de salvar el pellejo consistía en compartir la información con las personas precisas.

Sacó del escritorio la agenda electrónica y marcó los botones de *memo-secret* y la clave.

Buscó 24 de abril 1996, segunda llamada de "BVL". Concertar entrevista con Bourroughs.

3

Las voces de siempre en la torre de cristal: por enésima vez se escuchó el clarín ciego y desesperado de la impotencia. Mr. Cool seguía el debate con atención. Era como oír al hombre de las llamadas telefónicas, la voz, el tono desesperado. Buscó en la carpeta la lista de participantes. El que había hablado por Brasil era Sergio Carrera. Subrayó el nombre y siguió escuchando.

-Los gases de invernadero acabarán con nuestro clima y nuestro medio ambiente. Talar la selva tropical equivale a extirparse los pulmones. Solamente en los últimos cuatro años ha desaparecido a orillas del Amazonas una cantidad de selva equivalente a la extensión de dos Inglaterras.

-Nosotros no somos los pulmones de nadie. Somos nuestros propios pulmones y además nuestro estómago. ¿Cómo vamos a alimentar a una población creciente? ¿Dónde cultivaremos? ¿Cómo frenar nuestro desarrollo y condenar al hambre a millones de habitantes? Ustedes tuvieron su desarrollo y ahora quieren respirar a costa de nuestro atraso. ¿Acaso están dispuestos a financiar en lo que vale la conservación de nuestros bosques? Nosotros seguiremos trabajando por nuestro pueblo.

-Ya no se trata de "nuestro pueblo", sino de nuestro planeta. La falta de bosques que purifiquen el aire, el de todos, se une además a la desenfrenada quema de árboles con el consiguiente incremento del anhídrido carbónico en la atmósfera. La capa de ozono se está destruyendo de manera peligrosa.

-Los que tienen que reducir las emisiones de carbono son ustedes, no nosotros. Del anhídrido carbónico que se producen en el mundo, el 61 % corresponde a Estados Unidos y el 24 % a la Unión Soviética. Sólo ustedes dos produjeron el último años treinta mil millones de toneladas métricas de anhídrido carbónico. Nosotros sólo sesenta. Además tienen que

suprimir totalmente la producción de fluoroclorocarbonados que ustedes siguen fabricando a pesar de las "buenas intenciones" de innumerables congresos y protocolos que nadie respeta. El efecto destructor del FCC es veinticinco mil veces superior al del anhídrido carbónico. Sus moléculas tardan cien años en desaparecer.

Y el óxido ozónico de los escapes de autos. El 80 % de los automóviles del mundo circulan en sus países. Nosotros hace años que utilizamos alcohol.

Y la basura, los desechos atómicos, las cenizas contaminadas que entierran en las playas de las naciones subdesarrolladas, los escapes radioactivos...

#### 4

... y la desesperación de nuestros pueblos, el miserable pago a nuestros productos, las imposiciones despotas de los organismos internacionales y la maldita deuda externa. ¡Cuántos años llevamos hablando de los mismo! Ni el presente ni el futuro de nuestra gente puede venderse. Los gobiernos serviles se prestan a ello porque la clase gobernante no sufre. Ellos tienen buena comida, buenas casas, viajan a reuniones internacionales a escuchar y bajar la cabeza, porque tienen el estómago lleno y el culo bien perfumado.

El que habla ante un pequeñísimo grupo de jóvenes en el sucio cuarto de un taller mecánico junto al río, es João, un hombre de treinta y tres años, de nerviosa delgadez y ojos alucinados.

Había llegado del sertón cuando tenía doce años, arrastrando cinco hermanos desnutridos y una madre que lloraba la muerte de su compañero tras la oleada de violencia que había producido la última sequía. Como tifones regulares, masas de hambrientos invadían cada año las ciudades industrializadas del sur, asolando con su furia los obstinados y cada vez más pequeños restos de una vida tranquila y acomodada.

Desde entonces João siempre formó parte de grupos subversivos que asestaban, cada uno en su estilo, los mismos golpes a la paz oficial. Bandas juveniles de las favelas hambrientas, comunidades religiosas de liberación, fundaciones en favor de los indígenas desplazados de sus tierras, asociaciones conservacionistas y células guerrilleras. Y de cada uno fue, tarde o temprano, expulsado por intransigente y violento. Pero su pasión por lo imposible magnetizaba a todos.

Ahora el grupo le escuchaba en silencio. Observaban sus manos nervudas como raíces, los restos de grasa en las uñas, la cara tñznada de negro, el pecho duro entre la camisa abierta. Pero evitaban mirarle a los ojos porque les producía vértigo.

Sólo Olímpia y Sergio sostenían la mirada de João, acostumbrados como estaban desde hacia muchos años a ver por sus ojos y a soñar con el mundo que a través de ellos veían. Después de tanto tiempo, cuando se miraban era como si intercambiaran sueños en silencio.

Pero Sergio también notaba la incertidumbre de los demás. El mismo temor que había visto en los ojos de aquellos que tantas veces le habían dado la espalda a João: por miedo, porque él se atrevía a llegar a donde ellos ni siquiera osaban imaginar.

Años atrás, un día de bochorno, Sergio le esperaba en la puerta del edificio donde estaba la sede de la organización conservacionista a la que pertenecían. Ninguna brisa agitaba los rizos de João que caían rebeldes sobre el filo de sus ojos.

-Me quedé aquí para avisarte. Están reunidos desde las ocho. Dicen que eres un peligro para la organización. Cuenta conmigo, siempre.

-Gracias Serginho. No te arriesgues. Quédate aquí. Puede que nos sirva más que tú permanezcas con ellos.

El rostro de João no reflejaba ninguna emoción, pero antes de subir se dieron un fuerte abrazo en silencio. Sergio también había compartido su soledad el día que le expulsaron del grupo guerrillero cuando los colombianos le condenaron por individualista, indisciplinado e



incapaz de autocrítica. La escasa información que manejaban en el grupo acerca de la organización en general y el apoyo decisivo de uno de los asesores libios, le permitió salir con vida.

Los dirigentes de los verdes también decidieron expulsar a João. Los roces y enfrentamientos habían sido constantes y todavía más después de los planes de convertir a la organización en un partido político. El arresto de varios jóvenes compañeros de João fue la excusa final.

-No podemos seguir con este pacifismo inútil, dijo João. De qué nos han servido los seminarios y las declaraciones, la venta de calendarios con la fotografía de los árboles que ya talaron o de los poblados indígenas que ya arrasaron. De qué han servido las hermosas películas que hacemos sino para entretener a la gente en el extranjero que ve televisión con una lata de cerveza en la mano y que ríe cuando ve un Tucán o un macaco.

-¿Es cierto que estabas planeando el sabotaje de las plantas de Curatao?

-Es cierto, es cierto, afirmó golpeando la mesa. En ese valle viven doscientas mil personas respirando día y noche gases pestilentes que envenenan su sangre. Saben como yo la cantidad de casos de leucemia que se producen. Han visto como yo vomitar a la gente por las calles cuando el aire está quieto.

-¿No piensas en los miles de familias que quedarían sin trabajo? Nos preocupa Curatao como a ti. Estamos presionando a las autoridades federales para que intervengan las plantas y les obliguen a reducir la toxicidad de sus emanaciones. ¡ Pero no con bombas, João !

-¡Por supuesto! Les quitarían los fondos internacionales con los que viven, viajan y protestan tan lindamente, gritó João desencajado.

-¿De qué nos estás acusando?

João no respondió a la actitud de desafío de su compañero. Dio media vuelta y salió tirando la puerta.

João avanzaba con rapidez por las calles sucias y populosas de São Paulo. Una vez más expulsado por los pusilánimes, una vez más solo

con toda su rabia tensándole los músculos. Pensó en su padre con la cabeza herida de muerte. Aquel cuerpo colgando entre sus brazos flacos de adolescente jamás se apartó de su memoria; era el combustible diario de su furor. Aquel día, como tantos otros días derrotados, João fue a refugiarse en los brazos de Olimpia. Sólo en su cuerpo menudo color bronce hallaba la paz. Sólo sus ojos inteligentes le comprendían en silencio.

Y una vez más Sergio y Olimpia le ayudaron cuando decidió mudarse al estado del Mato Grosso, a orillas del Amazonas. Allí estaban ahora, donde empezaba la selva impenetrable y densa, en un amplio galerón de madera sobre la tierra firme, cerca de la várzea que periódicamente se anegaba con las crecidas del río, cerca de los pantanos donde hervía tenazmente la vida.

Sergio observaba con inquietud a los demás mientras João hablaba.

-Son los mismos despotas que han abusado de su poder a lo largo de la historia. Tantos años perdidos en diálogos Norte-Sur y nuevos órdenes mundiales. Siempre querrán ser los amos y vivir como amos. Recuerden los países árabes acusados de la "gran crisis de occidente" como decían ellos hace más de veinte años. Los poseedores del mundo les pagaban el petróleo en el año mil novecientos a un dólar y veinte centavos. Setenta años después, se lo pagaban a un dólar ochenta centavos. Esos países, unidos, dieron la lucha y en diez años lograron un precio para su petróleo diecisiete veces más alto. Si necesitaban su petróleo, que lo pagaran. Nosotros también tenemos algo que ellos necesitan. Si lo quieren que lo paguen.

-¿Y si no aceptan? , preguntó uno de ellos.

-No tengan miedo, lo aceptarán, venceremos. Brasil será libre y con él, el Tercer Mundo. Sólo habrá un mundo para todos. Los jóvenes bajaban los ojos y después se observaban de reojo, evitando también las miradas de Olimpia y de Sergio.

5

La firmeza del grupo había empezado a ceder a medida que la fecha límite se acercaba. A espaldas de João cuestionaban la acción en cuyo planeamiento habían participado con tanto entusiasmo. La decisión se quebró cuando João hizo aquella demostración.

Ese día, al atardecer, estaban reunidos fuera de la casa. Empezaba a soplar una leve brisa que aliviaba el pegajoso calor que los tenía aletargados.

Al igual que la víspera había llovido muy poco. Se escuchaban los últimos rumores de las aves. Después de largos meses de planeamiento, acopio y traslado de materiales, la primera fase del plan estaba lista. Sergio asistía en esos momentos al Congreso Ecológico que se celebraba en Nueva York como representante de uno de los grupos conservacionistas más importantes de Brasil, convertido ya en el Partido Verde Brasileño. Allí se comunicaría mediante una llamada anónima con el representante de los bancos internacionales.

Estaban redactadas las declaraciones que enviarían a los medios de comunicación con las exigencias del grupo y la amenaza que estaban dispuestos a cumplir si no aceptaban. Ahora sólo quedaba esperar.

João salió del taller con una lata de conserva amarrada a una tabla de madera. Reconocieron el detonador y la pequeña carga explosiva sobre la lata.

-Quiero que vean algo, les dijo.

Caminó hasta la orilla del río y allí empujó la balsa con una rama para que la corriente se la llevara, como un juguete. Regresó donde estaba el grupo. Extrajo de una bolsa del pantalón una unidad de control remoto y extendió la antena. Sus ojos seguían el punto, ya lejano en el río. Oprimió el botón y fracciones de segundo después, vieron la explosión. Por un momento las llamas se elevaron cegándolos con su resplandor. El fuego ardía sobre el agua, se extendía como una ameba sobre la mansa corriente despidiendo enormes volutas de humo

que ascendían por el aire. El fuego fantasmal seguía ardiendo cuando ya había oscurecido.

El grupo permanecía junto a la orilla del río, observando con asombro el fuego hasta que se terminó en la última nube de humo. João esperaba alguna reacción, alguna pregunta, pero todos callaban. Después, el más joven se volvió a mirarle.

-Pero van a aceptar, no va a ser necesario hacerlo, ¿verdad, João?

-Aceptarán, contestó sombrío.

Por la noche permaneció vigilante, observando la lancha junto al muelle flotante y la estación de radio. Aquella pregunta, y sobre todo aquella mirada, le habían hecho desconfiar.

## 6

El sol se apagó. Apenas un círculo anaranjado tras las nubes de polvo y ceniza.

Las luces de las ciudades, en todas las longitudes del globo, permanecían encendidas día y noche porque el límite entre ellos se había oscurecido. El hambre y el miedo habían unido por primera vez los hemisferios. Las columnas negras de fábricas y calefacciones siguieron humeando. Los automóviles continuaban su carrera enloquecida por calles y autopistas con los ojos encendidos de asombro. Árboles y plantas languidecían sin luz solar y las cosechas morían en los campos grises. Los animales salvajes huían desorientados a las ciudades y sus ojos encontraban allí su mismo terror en los ojos de los hombres.

Los ancianos y los niños fueron los primeros en abarrotar los hospitales donde se amontonaban las toses, los suspiros sibilantes y los gemidos. Los muertos se contaban por miles. Las masas de refugiados por millones.

Como pálidas algas brotaban por doquier las voces apocalípticas anunciando el fin y vengativos profetas de la venganza divina arrancaban culpas a la miseria de los inocentes; ¡Dominad la Tierra, dominad la Tierra, no destruídla, soberbios!

Científicos y ecologistas del mundo entero se lamentaban en el coro trágico de una catástrofe largamente anunciada.

¡Primero los dinosaurios. Ahora nosotros!

Las voces hablaban de una nueva extinción en el planeta, similar a la que sucedió en el Cretáceo cuando los dinosaurios desaparecieron de manera fulminante. Ahora los insectos heredarían la Tierra.

Algunos soñaban con el privilegio imposible de salvarse en estaciones espaciales desde cuya órbita podrían ver la remota joya blanca y azul enlazada en tules, la perla del misterioso océano negro convertida en una bola de humo donde por primera vez hermanos, hombres, plantas y animales, se consumían en una desesperada carrera contra la extinción.

El hongo negro zarandeado por el viento se extendió como un velo de luto por toda la Tierra, pero el estado de sitio a nivel planetario no despertó la solidaridad entre los hombres sino el más feroz instinto de rapiña.

Sólo unos pocos en todo el mundo sabían que las dimensiones de la catástrofe eran irreversibles y nada podría la técnica para detenerla. Aún los sobrevivientes tendrían que superar las condiciones de una nueva Tierra devastada y desprotegida. Volverían a las cavernas, topos ciegos de piel cancerosa.

Con todo aún había tiempo para ensañarse en la búsqueda de culpables, pero el juego de las recriminaciones a nada llevaba ahora como a nada había llevado en las décadas anteriores: una babel de lenguajes incomprensibles, de egoísmos parapetados en sus privilegios.

¡Todos somos culpables!, había gritado Mr. Cool ante la mirada huidiza y desesperada de los presentes. Pero ahora, en la alta torre de su oficina, contemplando la ciudad como un hormiguero oscuro en desbandada, sentía que compartir la culpa no le liberaba del peso.

Con gesto cansado, más cansado que nunca, buscó en el escritorio el pequeño revolver negro para terminar de una vez la pesadilla.

7

João lo hizo solo porque nadie quiso acompañarle. Vieron su rostro endurecido como nunca cuando preguntó: ¿tampoco tú, Olimpia? Pero ya lo sabía cuando la vio descender de la lancha. Con los ojos enrojecidos recitó el mensaje de Sergio que él mismo no pudo traer porque había sido herido por la policía cuando trataba de huir.

- Diselo tú, Olimpia, hablaba con la voz ronca de la desilusión, yo no podré ir, me tienen rodeado. Diselo tú: el plazo se ha cumplido. La respuesta es la misma: no hay condonación de la deuda, no hay un salario Internacional para que conserven los bosques, no hay subida de precios a sus productos, no aceptamos chantajes, ni presiones, sólo dialogamos con los representantes oficiales de su gobierno. Su minúsculo grupo está identificado y la propia policía de su país está a punto de detenerlos, díselo así Olimpia, que no puedo acompañarle porque voy a morir

Le vieron salir con la mirada enloquecida de un kamikaze y nadie se atrevió a detenerle cuando fue a cumplir su amenaza: incendiar los casi dos millones de kilómetros cuadrados de selva amazónica.